

el pueblo llano y la servidumbre de la letra

Sucedió hace unos años. Era un niño que no sabía mentir.

—Sí. He comulgado.

—¡Pero habías comulgado ya esta mañana!

—No me acordaba, tía.

La mujer le llevó hasta una de las macetas.

—Devuelve aquí la Sagrada Forma. La segunda.

El niño, con los dedos en la boca, se provocó las náuseas. La anhelante mirada de su tía le vigilaba la ceremonia.

Este caso es real. Extremo, desde luego, pero sintomático. No hay nada que ilustre tanto como la caricatura o el esperpento. En él se ven, dislocados pero hirientes, los rasgos de algo que flota vagamente en alguna zona humana. La anécdota referida nos solivianta contra el ambiente jurídicista que ha empapado la espiritualidad de muchos cristianos medios a lo largo de unos siglos. Un confuso malestar, un miedo, una traición —ya diremos a qué— acongojaban a las almas. Es lo que, con tanta angustia, han denunciado, en tantas obras, cristianos como Mauriac, Bernanos, Graham Greene, Böll, von le Fort... Parece que les acucia esa palabra de Chesterton: "El culto desconsiderado de la anarquía y el culto materialista de la ley acaban en una misma vanidad". O aquello de von Hildebrand: "No hay error mayor en la interpretación de la moral cristiana que verla a la luz de una moral primordialmente prohibitiva, una moral en la que se insiste más en la abstención del pecado que en las virtudes positivas y la santidad".

EL COMPROMISO DE LA LITERATURA

Naturalmente que estos literatos no formulan sus acusaciones en ristas formularias y condenatorias como los viejos cánones conciliares o las proposiciones que rechazaba pudorosamente el "Syllabus". En literatura y en todo arte "las afirmaciones más rotundas sólo viven y duran, si se efectúan por el camino de la alusión indirecta" (Bueno Vallejo). Esas afirmaciones no ha de hacerlas, pues, el propio autor, sino que han de desprenderse de la realidad misma, del ambiente de la obra, de un gesto, de una parábola o, tal vez, de un silencio. El método ar-

tístico está lejos del tratado escolástico de armazón al aire, puro chasis y osamenta. Ha de ser la suya una actitud de barruntó y nebulosidad semejante a la corazonada y el instinto. El mismo Antonio Buero nos dice que la "misión del arte está en una especie de investigación intuitiva de la realidad". Por eso no hay que exigirle precisiones ni aclaraciones. Es el lector de la obra literaria quien ha de encontrar la razón profunda de esos ambientes, esos silencios, esos gestos, la clave difícil de las parábolas en acción a que, desde Jeremías, nos tiene tan acostumbrados el "realismo simbólico".

En este sentido, y como quien pasa una espumadera, nos quedamos para cavilarlas con las acusaciones más o menos larvadas que nos hacen los escritores católicos o no católicos —a veces es difícil distinguirlos— sobre el modo actual de vivir, por parte del cristiano medio, la difícil correspondencia de libertad y ley, letra y espíritu, cánones y evangelio, tradición con solera y costumbrismos con rutina. Basta echar una ojeada serena, en cuanto es posible la serenidad, a ese mundo acongojado del "Pedro Páramo" de Rulfo o a la demonología difusa y dislocada del genial argentino Ernesto Sábato en su novela "Sobre héroes y tumbas". O a cualquiera de las obras de los famosos que citábamos más arriba: Graham Greene, Böll, Mauriac, von le Fort...

Las primeras palabras que decantamos, como flotando en ese caldo de cultivo de los comportamientos del pueblo, son "traición" o "miedo". *Traición* a una verdad que nos haría libres, a un espíritu que se ve ahogado por el fetichismo de la pura letra, a unos derechos humanos que se amordazan con cánones inflexibles, contra la mente del legislador, que había previsto la epiqueya. *Miedo* a todo: a Dios, al Júpiter tonante y fulgurante de la cómoda literatura sermonaria, a la verdad, al Diablo, a la libertad, al cambio de las estructuras, a quedarnos sin respuesta ante aquellos interrogantes para los que la Iglesia nunca quiso prudentemente arriesgar una respuesta. Es un pueblo acongojado, como el de "Pedro Páramo", un pueblo pobre, ignorante, estrangulado y supersticioso. Un pueblo que ha olvidado el misterio de Dios, la soberana libertad de los caminos del Espíritu y que se ha refugiado, o se le ha encorsetado, en fórmulas huecas o en un ajedrez caprichoso para el desconcertante entretenimiento de los demonios y las ánimas.

"Aquí esas horas están llenas de espantos. Si usted viera el gentío de ánimas que andan sueltas por la calle. En cuanto oscurece empiezan a salir. Y a nadie gusta verlas. Son tantas y nosotros tan poquitos, que ya ni la lucha la hacemos para rezar para que salgan de sus penas. No ajustarían nuestras oraciones para todos. Si acaso les tocaría un pedazo de padre-nuestro. Y eso no les puede servir de nada. Luego están nuestros pecados de por medio. Ninguno de los que todavía vivimos está en gracia de Dios. Nadie podrá alzar sus ojos al cielo sin sentirlos sucios de vergüenza. Y la vergüenza no cura. Al menos eso me dijo el obispo cuando pasó por aquí hace algún tiempo dando confirmaciones". (Juan Rulfo, Pedro Páramo, Ed. Planeta, pg. 56).

Se dirá que lo que ocurre en Comala, pueblecito mejicano, es un caso extraño. Sin embargo, cualquier observador sereno de la realidad podrá captar ese miedo, más o menos profundo, en el pueblo llano que

constituye la "base" de nuestras comunidades cristianas, especialmente en Latinoamérica o en lugares menos promocionados de nuestra propia geografía. Es un conglomerado de fariseísmos minoritarios, de mediocridades abundantes, de formulismos y preceptos hueros, misas amon-tonadas, misas y comuniones y novenas para el suma y sigue de una cuenta corriente de cantidad sin calidades. Y esto no libera interiormente. Esto produce miedo antievangélico —"temor no hay en el amor; el que teme no ha alcanzado la perfección en el amor" (I Juan 4,18)— y traición al espíritu por servidumbre a lo que se nos ha dado, y no siempre fielmente, como letra.

El análisis de von Hildebrand

Escarbando en esta literatura y aportando su conocimiento profundo de los valores que mueven la conciencia del pueblo, el profesor Dietrich von Hildebrand trazó, con la colaboración de Alice Jourdain, unos esquemas inteligentes para clasificar a los distintos tipos que falsifican, con su conducta o sus principios, la moral auténtica (1). Prescindiendo del satánico, que está claramente fuera del consabido mundo cristiano, nos encontramos con el fariseo, el autojusto celoso, al autojusto mediocre, el timorato, el simplemente mediocre, el pecador trágico, y los justos y pecadores que llamaríamos normales. Estos últimos —los justos y los pecadores normales— no necesitan explicación alguna. Basta una lectura reposada del Evangelio para definirlos. Lo mismo ocurre con los simplemente mediocres. Ninguno de ellos tienen conflicto de libertad y ley, letra y espíritu. O cumplen o no cumplen y ellos lo saben. Los que plantean realmente problemas en este asunto son los otros tipos que analiza tan acertadamente von Hildebrand y que se encuentran, más o menos larvadamente, en nuestro ambiente cristiano. Veamos, con palabras del mismo von Hildebrand, sus más acusadas características.

El *fariseo* es un tipo que odia la verdadera moral y la sustituye por una moral meramente legal y ritualista. Está claramente descrito en el Evangelio. Es un hombre que se deleita en el sentimiento de su superioridad moral (Lucas 18,11). Quiere saborear su bondad, glorificarse ante un Dios meramente formal. Identifica su causa con la de Dios en lugar de hacer suya la causa de Dios. No hay que confundirlo, pues, con el *burócrata ritualista*. Tiene, como éste, la servidumbre de la letra. Pero de un modo más hipócrita e interesado. Porque el *burócrata ritualista* se aferra a la letra por estimar que no hay cosa seria sin fórmula jurídica y todo lo inaccesible a las categorías legales se reduce a una aventura más o menos nebulosa. Es prisionero de la letra, pero este culto a la letra no supone una hostilidad inmanente hacia el espíritu, aunque a veces lo ignore o subestime.

Desviaciones nacidas del fariseísmo pueden ser las de los autojustos: el *autojusto celoso* y el *autojusto mediocre*. El *celoso* es, como el fariseo, duro con el pecador. Vive una moral de sabor agrio, en perpetua alerta para descubrir las acciones inmorales de otras personas. Siempre asume la postura de dictar una sentencia final. "Consideraba que era privilegio suyo vigilar cada sotana que cayera dentro de su órbita", nos dice Mauriac en *La Farisea*. Está continuamente indignado y escandalizado. Pero, no obstante, difiere claramente del verdadero fariseo. La posibilidad de una voluntad sincera y general de ser moralmente

buena no está todavía sofocada en él, y en ciertas ocasiones podemos verle actitudes singulares y nobles.

El otro estilo de autojusto es el del *autojusto mediocre*. Este es un hombre que desea estar moralmente en orden, ser moralmente irreprochable. Quiere estar en conformidad con los preceptos morales, aunque sin hacer ningún esfuerzo moral profundo. Desea simplemente la "seguridad moral" para poder dar a Dios lo que *tiene* que darle y así poder dedicarse por completo al César, es decir, a su vida privada y a sus intereses más o menos egoístas. No entiende nada del escándalo de la cruz, ni se siente obligado a participar en él.

El *timorato*, por su parte, no tiene rasgo alguno farisaico. Está falto de libertad de espíritu y tiene un temor más servil que filial a Dios. Desea sinceramente obedecer a Dios y tiene el deseo de ser moralmente bueno, pero vive en un estado constante de temor y busca la confirmación que le asegure que marcha por el recto sendero. Nunca se atreverá a tomar una decisión sin estar respaldado por la letra de una prescripción moral. Varía según se le sitúe hacia uno u otro polo de la surtida gama de los timoratos: de la pereza espiritual a los escrúpulos.

En contraposición a todos estos tipos, aparece el *pecador trágico*, valorado por la "moral de situación", que le considera en ocasiones moralmente superior al hombre simplemente mediocre pero éticamente correcto. Este pecador trágico es un hombre consciente de su pecado, que siente y sufre porque se halla separado de su Dios. Dice que no tiene fuerzas para salir del pecado, pero la verdad es que tampoco las procura con sinceridad. Las explicaciones que se busca para permanecer en ese estado (por ejemplo: el sacrificio por otra persona) no son nada consistentes, porque ciertas acciones son moralmente ilegítimas y pecaminosas cualquiera que sea la intención con que se cometan.

Todos estos tipos, desde el fariseo al pecador trágico, están ampliamente estudiados en esos literatos que hemos citado más arriba. Lo que queda por ver es si son los tipos más comunes en el pueblo o son simplemente sujetos más o menos esperpénticos o caricaturizados, bichos raros en esta confusa fauna de los comportamientos éticos habituales. Es lo que ocurre, por ejemplo, con Schnier, el protagonista de *Opiniones de un payaso*, novela del católico Heinrich Böll. Ese payaso, junto a otros temas interesantísimos sobre política y religión en la Alemania de posguerra, plantea un problema moral insólito: ha vivido en concubinato con Marie. No se casaron porque él, aunque estaba dispuesto, sin ser católico, a la ceremonia religiosa, ponía obstáculos psicológicos al matrimonio civil que la misma Iglesia le exigía. Entonces, los "buenos católicos" logran convencer a Marie para que se case canónica y civilmente con el católico Züpner. El payaso arguye que este matrimonio no es válido y que ella vive así en una unión adúltera. Cree que, cuando la convivencia con él había sido algo más que una "porneia", algo más que un concubinato de cara a la fornicación, sino que había supuesto una unión total de vidas en el amor y en el sufrimiento, lo esencial del matrimonio se había realizado y que por tanto ese matrimonio con Züpner era ciertamente nulo. El payaso estaría dispuesto ahora a legalizar un matrimonio natural que ya existía. Lo que no comprende es cómo la Iglesia puede considerar que lo de antes, por faltar el sacramento, es algo sin valor ninguno. La falta del acto jurídico y religioso no puede borrar el hecho de un matrimonio natural y, por ello, al ser este mo-

ralmente válido y real, el segundo matrimonio es imposible por haberse hecho con un impedimento natural.

No entro en la discusión de este problema. Lo que quiero decir es que este conflicto de Moral Natural y Derecho Eclesiástico es un problema particular que no responde al ambiente general del pueblo cristiano. Por eso, aunque la novela tenga otros muchos detalles importantes e interesantísimos, la actitud psicológica del protagonista es poco común y no encaja en los esquemas habituales que antes hemos explicado con palabras de Hildebrand.

LA REALIDAD HUMANA

Son los novelistas sudamericanos los que, además de otras muchas cosas importantes, nos están planteando, como sin querer, el ambiente que se respira en el pueblo-pueblo. Quizás, como he indicado, a más de ciertas páginas de Sábato, lo más interesante es lo que ha escrito el mejicano Juan Rulfo. No afirma nada, no niega nada. Plantea unos ambientes en los que está flotando ese miedo, ese pánico, ese formulismo. En definitiva, en este autor, como en tantos otros, lo que se detecta es el divorcio absoluto entre la libertad de los hijos de Dios, la alegría cristiana de que nos habla la Escritura, y esa maraña torturante de normas mal entendidas, el suma y sigue de sacramentos, jaculatorias y practiconerías más o menos supersticiosas, la inseguridad timorata, la petulancia de los autojustos, la ramplonería burguesa de los mediocres, la desolada actitud de unas almas que creen pero que pecan y confían sólo en las misas que les digan en sufragio cuando sean ya puras "ánimas", más o menos benditas, más o menos malditas, cuando sean "penas", como dicen por sus tierras.

Algo o mucho de esto se encuentra en la realidad humana que nos circunda. El casuismo moral, la pereza de la letra de las normas, la cómoda respuesta de algunos confesores o maestros a problemas que no se ven tan claros, los seguros de vida eterna de ciertas devociones (recuérdese cómo en la devoción al Corazón de Jesús se olvida a veces lo sustancial, el espíritu de la "Haurietis Aquas", para quedarse sólo con la rutina contable de los nueve Viernes), la letra a rajatabla con olvido y atropello de la mente del legislador... todo esto está ahí y, por ahora, tiene difícil salida.

Quizás se den poco los *fariseos puros* y los *pecadores trágicos*. Pero los otros tipos de autojustos, burócratas ritualistas, mediocres, timoratos (sobre todo éstos, los timoratos), se dan bastante, no sólo entre el pueblo llano, sino entre los que debían ser, en buena ley, sus formadores. Y como otro de los problemas es que, por la seguridad que dan una palabra, se le pide ésta a los confesores y éstos no siempre tienen sentido del riesgo y del espíritu necesario para una moral auténticamente evangélica, se va creando una caótica jurisprudencia casuística, una maraña de variadísimas soluciones concretas, a las que se les da autoridad de norma por el hecho de que "me lo ha dicho un sacerdote". Ya no es el legislador, ni los Obispos (como en el caso de la "Humanæ Vitæ"), ni los moralistas de categoría, sino los presbíteros corrientes y molientes los que interpretan la ley, a veces contra la ley y el espíritu, a veces contra el espíritu por la servidumbre de la letra, a veces contra el sentido común que les debería llevar a no crear obligaciones de conciencia donde ni la moral ni la ley han dicho ninguna palabra definitiva. (Aquí

entraría todo el capítulo de normas sobre bailes, modas, noviazgos, etc. etc., que tanto confusión están creando al pueblo cristiano).

Los teólogos y los pastores

La solución está en una educación del pueblo, una catequesis de la moral evangélica, una clarificación del complejo problema de libertad y ley. Pero, como paso previo, es urgente formar primero a los predicadores y confesores. Conviene que los pastores ordinarios, los presbíteros, los que están en contacto con el pueblo, sepan deslindar lo que es costumbre y lo que es norma, lo que es moral natural y lo que es costumbre del lugar. Conviene que se abstengan de dar la última palabra y que inviten a los cristianos a decidir sobre su caso con honradez y conocidos los principios, sin el "seguro" de la palabra del cura. Recuerdo a un sacerdote que preguntaba a los penitentes ante ciertas consultas: "Y Vd. ¿qué cree que es lo más honrado? Pues hágalo". (No deja de ser curioso que esta última palabra se pide poco para el tema de las obligaciones sociales. Respecto a la "Humanæ Vitæ" el penitente suele pedir la última palabra del cura. Pero respecto a la "Populorum Progressio" suele pedir los principios, si los pide, y luego dice que los estudiará y verá por su cuenta lo que está obligado a hacer y le resulta posible. Quizá esto pueda dar materia de reflexión a los estudiosos de la moral. Es sintomático).

Hace falta, en fin, una teología profunda, una teología que no sea de cáscara y manual, una teología meditada sobre el sermón del Monte y la doctrina apostólica. Hay que hablar más de la Gracia y menos de la letra casuística. Hace falta una teología para los hombres corrientes, entre los que se incluyen muchos presbíteros. Decía Juan XXIII: "Son los teólogos los que nos han puesto las actuales dificultades; y toca a los cristianos corrientes, como Vd. y como yo, salir de ellas". Es una frase con mucho humor pero no plenamente aceptable en todo. Si el Papa Juan se refería a los problemas de la unión de las Iglesias puede ser que tuviera su razón. Pero en el tema que nos ocupa, no han sido primordialmente los teólogos sino los predicadores y confesores quienes, con buena voluntad, pero con poco sentido teológico, han creado esta desazón, este desfase entre libertad y ley, letra y espíritu. Hace falta que la pastoral sea menos jurídica y más evangélica, lo que la hará ser mucho más teológica. Y conseguirá amor donde ahora hay temor, libertad de espíritu donde muchas veces no hay más que un servilismo burócrata de pura letra.